

Publicado por
Dharma Books + Publishing
Colección: El vuelacercas

Cuando mienten las estrellas

Jorge Castellanos

Primera edición 2022

ISBN: 978-607-99590-4-3

D.R. © 2022, Dharma Books

Dharma Books + Publishing

Arquitectos 51

Escandón, 11800

Miguel Hidalgo,

CDMX.

www.dharmabooks.com.mx

Diseño de portada: Raúl Aguayo

Diseño editorial: Jorge Fernández

Impreso en México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, incluido el diseño tipográfico y de portada, sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el consentimiento por escrito de la editorial.

CUANDO
MIENTEN
LAS
ESTRELLAS

JORGE
CASTELLANOS

DHARMA BOOKS

May Stine: De grande quiero ser gitana, tener mi propia caravana y decirle a la gente cuándo y cómo se va a morir.

Padre: Mi vida, uno no se hace gitano, se nace.

El inquieto corazón de un
viajero antes de
emprender el camino

20 años después...
Septiembre de 2008

Siempre deseeé vivir en un lugar en donde el sol tocara mi piel morena, aunque de no haber sido por May Stine, o Miroslava, no me hubiera mudado a Barcelona. Que uno se acostumbre a vivir bajo el azote de un clima despiadado como el de Oslo, no significa que el alma se vuelva tolerante a tan bajas temperaturas.

No conozco a ningún caucásico que odie tanto la nieve como mi novia. En ella todo es calor: lo que piensa y lo que hace. Sus decisiones no las dicta la razón; dependen directamente del humor que le dejan los acontecimientos más superfluos, como un día nublado, una ventisca helada o un churrasco. Por eso, ahora que la contemplo mirar el mar Mediterráneo, deseo que el cielo se abra y le dé un poco de sensatez. La quiero, me atrevo a decir que llegué a niveles enfermizos, pero... ya no sé.

Es imposible consentirla cuando está en la antesala de algo importante. Ahora no es la excepción. Está por definir, entre varios candidatos, cuántos y quiénes formarán parte de su clan. La mayoría de ellos son vagos que viven de joder al prójimo, otros que joden al prójimo sin ser vagos y un par: los líderes de todos los que se dedican a joder al prójimo. No pertenecen a ninguna comunidad gitana, son payos y, a mi entender (muy subjetivo, claro), buenas personas, que no es lo mismo que honorables.

Miroslava susurra palabras inaudibles mientras se frota las manos sobre la falda. Está de rodillas sobre la arena y quiere levantarse. Le ayudo y me da las gracias involuntariamente; lo sé, porque cuando le interesan las cosas te sostiene con los ojos y no te suelta. Me dice que podemos irnos a casa.

“¿Y entonces?”, pregunto indignado. No esperé todo el atardecer a su lado para que al final me dejara con la misma duda. A ella parece importarle poco y me da la espalda dispuesta a irse sola. Cuando la distancia entre nosotros es considerable, me resigno y avanzo. Propongo coger el metro, ella prefiere caminar. Propongo pararnos por una clara, acepta; sin embargo, al estar frente al bar, con su tono de niña mimada, me pide no entrar. Soy paciente, seguramente ni siquiera tiene una respuesta y sigue cavilando. La abrazo, se aparta. Unos metros después me ofrece la mano y yo la tomo. Llegamos a nuestro edificio con las manos sudadas. “Ve entrando, voy por unas *xivecas*”, le digo. Me coge de la nuca y me besa con tal efusividad que pienso mandar al carajo las cervezas y todas las dudas con tal de subir y hacerle el amor cuanto antes. “Vete por las cervezas que quieras, mi amor, yo necesito dormir un poco”, me sentencia.

*

Es madrugada, faltan pocos minutos para que sean las tres, ella duerme a sus anchas; en cambio, yo no logro conciliar el sueño. A falta de marihuana, pues Miroslava la odia (no por el efecto sino por el olor), fumé un par de cigarros de tabaco que me han alterado los nervios en vez de relajarme. Trato de recordar sin éxito el nombre de una actriz porno. Recuerdo los pendientes para mañana. ¿Cómo le diré a mi madre por décima vez que no podré visitarla este año sin que culpe a mi novia? Me levanto por un vaso de agua y me quedo en la sala, sentado en el sofá. Tomo el control del estéreo, lo prendo y bajo el volumen para no despertarla. Suena la canción *I've seen it all* de Björk. *I've seen a man killed by his best friend and lives that were over before they were spent...* ¡Pocas canciones me colocan como ésta! *I've seen what I was and I know what I will be, I've seen it all...there is no more to see.* ¡Cómo se le quebra la voz en las notas altas! ¿Quién es mejor cantante, Björk o Dolores O'Riordan?

Abro una revista de viajes y hay un artículo sobre Lørenskog, el pueblo natal de mi padre, en paz descanse. Hace poco asesinaron

dentro de la cárcel al hombre que lo mató. Mi primo Ragnar dice que lo mandó a aniquilar su padre, mi tío Georg, pero Ragnar tiene un grave conflicto edípico sin superar, así que no me fío de él. Además, esas cosas no suceden en mi país. De cualquier forma, nunca sentí odio por ese tipo. Lo poco que conocí a mi padre me bastó para comprobar lo que decían de él: era un verdadero cabrón idealista que cuando estaba borracho quería arreglar el mundo; sobrio, no hacía más que joderlo.

Después de escuchar otro par de canciones, me paro y regreso a la cama con el mismo afán de dormir. Pero la noche se pone en mi contra. Mi vecina, una escort ecuatoriana que no está buena pero tampoco pasa inadvertida, tiene clientela y ha comenzado su concierto sexual. Lástima que Miroslava duerme, pues cuando la vecina está muy animosa o su cliente resulta un gritón (como es el caso), no duda en golpear la pared hasta que enmudecen. Total, me encuentro tan despierto como hace un par de horas. Una luz mortecina comienza a colarse por la persiana. Cuento de arriba abajo y luego al revés las líneas de esa luz sobre la pared. ¡Cuánta humedad encierra este cuarto, carajo! Y la puta de mi vecina se ha enfrascado en otro round, ahora más apasionado. Una vez vi a uno de sus clientes llegar, el sujeto venía en una Vespa del mismo color que la mía y llevaba puesto un casco con el logo de una pizzería. Desde ahí, siempre que escucho a sus clientes gemir, me imagino a aquel hombre. La mente es caprichosa, y me cuesta borrar algunas imágenes que creo intrascendentes: he creado en mi cabeza toda una pasarela de motociclistas calientes saciándose sin siquiera quitarse el casco. La mente es caprichosa y rara, sí.

La ecuatoriana y su amante se callan, gracias a eso llegan a mis oídos los ladridos del perro de doña Pilar, la abuelita viuda del piso de arriba. ¿Tan jodida es la soledad senil como para soportar los estragos de un sabueso peludo, que aunque se caga afuera, deja una estela apestosa en el pasillo? Espero morir antes de que este tipo de cosas me parezcan normales.

Los quejumbrosos ladridos se vuelven ocasionales, nada más deprimente para acompañar a esa luz que ahora se filtra con ímpetu. ¡Trágame, almohada!

Cuando al fin me quedo dormido, una mano, ajena a mi nuevo y gozoso estado de inconsciencia, me sacude con fuerza.

—¿Qué, qué pasa? —Trato de despabilarme sin poder abrir los ojos ante los hirientes filamentos de luz.

—Nada, mi amor, que ya tengo la respuesta.

—¿Y era necesario...?

No termino la pregunta cuando se escuchan de nuevo los amantes en lo que espero sea su tercero y no cuarto round, pues de serlo voy y le levanto un merecidísimo monumento al macho ese.

Miroslava se pone de pie sobre la cama y comienza a pegarle a la pared con tal fuerza que me cuesta creer que acaba de levantarse.

—¡Maldita perra! ¡O le pones un bozal a tu cliente o le prendo fuego a tu jodido muladar! —grita mi novia efusiva. Después, silencio absoluto del otro lado del muro.

Miroslava se vuelve a mí con una sonrisa de oreja a oreja y mete los pies bajo las sábanas. Tiene la manía de ocultar en todo momento esa parte de su cuerpo que califica como el único error estético de Dios al moldear la anatomía del humano.

—Te decía que ya tengo la respuesta.

—De veras estás loca, cómo puedes...

—Creo que tres son suficientes. El bravucón de Ole Furst, Mathias Seral y ¿cómo se llama el hermano de Roc?

—Cosme —contesto con un bostezo atravesado.

—Sí, Cosme Vila... Y por supuesto, tú, el más guapo de ellos, Andreas Berg.

Me planta un beso en la frente y siendo las siete con treinta y ocho minutos se mete bajo la colcha y reconcilia el sueño... como si nada hubiera pasado.

**El destello en tus ojos cuando
acabas de conocer a alguien
(Una mirada al pasado)**

Antes de llegar a Oslo, vivió un año en Bergen, de donde salió dejando troncada su carrera universitaria. La conocí hace nueve años postrada entre el arce y el abeto que enmarcan nuestra casa. Me acerqué a ella por encargo de mi madre, quien me pidió investigara qué figoneaba aquella rubia intrigante que retaba al frío otoñal calzando unas sandalias de cuero desgastado y sosteniendo con el antebrazo un libro de psicogenealogía.

Sólo al tenerla cerca, caí en cuenta que debajo de esa melena dorada y desordenada había un rostro con los ojos más azules de toda la costa. Como si se iluminaran por sí solos.

¿Recuerdan a la chica del personaje de Liesl Von Trapp, de la película *The sound of music*? Su nombre real es Charmin Carr; Miroslava era en ese entonces su viva reencarnación. No exagero. El inesperado descubrimiento hizo que mi saludo fuera una pregunta:

—¿Qué comes?

—Cualquiera que no sea un ciego sabe que esto es una fruta —contestó con la mitad de una jugosa fresa en la boca mientras sostenía otro par en sus manos.

Quizá porque siempre he tenido éxito con las mujeres escandinavas, nunca hubiera esperado una respuesta tan grotesca. Pero me la merecía. La pregunta no sólo era estúpida, la había pronunciado con ese nerviosismo de los conquistadores novatos que provoca débiles variaciones tonales en la voz.

—Se ven deliciosas —dije. Mi estupidez no tenía límites.

—Imagina, son de Finnmark —era claro que el tema poco le importaba—. Supongo que eres familiar de Minela Stoica “La Rumana”.

El leve mareo que sentí unos días antes al enterarme que registré una pésima nota en el examen de admisión a la universidad volvió a presentarse al escuchar el nombre de mi madre en voz de aquella desconocida.

—Sí. ¿La buscas? Soy su hijo.

—No, busco a su hijo, pero nadie supo darme tu nombre —el mareo se me bajó al estómago en forma de calambres. Decidí tomar el control.

—Pues aquí estoy.

—May Stine, mucho gusto —me extendió una mano que parecía más grande que la mía, lo cual después comprobaría no era cierto.

—Soy Andreas —me encantó tocarla.

—Al fin te encuentro. ¿Tendrás un par de minutos?

—Tengo la tarde libre. De no haber sido porque mi madre me envió a investigar por qué llevas un cuarto de hora parada aquí, seguiría tirado en el sofá leyendo. ¿Por qué no tocaste a la puerta?

—Busquemos una banca donde podamos sentarnos, ya te explicaré.

Anduvimos unos metros y al sentir la mirada de mamá, la guíé hasta el parque y nos sentamos en la primera banca que se nos atravesó. Antes de conocer las razones por las que Miroslava viajó desde su natal Gjøvik hasta mi barrio, discutimos cuando puso en duda mi afición a la lectura.

— No tienes que decir que estabas leyendo para hacerte el interesante, seguro veías la tele o jugabas un videojuego. Sí, seguro eres fan de esas cosas —me dijo en un tono tan relajado que ocultaba lo provocador de su mensaje.

Con tal de dejar zanjado el tema, le contesté que leía la *Vi menn*, aunque la verdad estaba tratando de descifrar a Beckett. Precisaba más saber de ella que enfrascarme en una discusión sobre mis aficiones que, fuera de devorar libros, no existían.

—Llegué a Holmlia con la esperanza de encontrar gitanos. Pagué un cuarto y no me desanimé al ver la enorme cantidad de musulmanes. Pensé que era por la cercanía de la pensión a una enorme mezquita, pero después de un par de días lo único que vi

y olí fueron pakistanís, indios y somalíes. Una iraquí que conocí en el metro me dijo que podría tener mejor suerte viniendo a Grønland.

—Y aquí estás, pero eso no explica el que busques a mi madre ¿cierto?

—Ten paciencia, niño. Seguí en la misma pensión, pues me daba pereza buscar otro cuarto cerca de aquí. Preguntando supe que en esta calle era en donde estaban concentrados algunos gitanos y, conversando con uno, supe de tu madre.

—¿Cómo diste con la dirección?

—Bendita intuición.

—Espero te advirtieran de lo difícil que es tratarla.

—Me lo dijeron, por eso no me atreví a tocar, esperaba que salieras y pudieras ayudarme.

—¿Ayudarte a qué?

Un gran suspiro de ella cortó el aire.

—Sé que tengo un don especial y sólo alguien como tu madre puede ayudarme a... Quiero que me enseñe el mejor camino para interpretar eso que intuyo, que vuela y no puedo atrapar...

El monólogo siguió y no me entraba en la cabeza cómo una joven de familia podría ser tan irresponsable por el deseo de aprender esoterismo, como si de eso fuera a vivir o equivaliera a la carrera de Humanidades que abandonó. Pero ahí estaba esa hermosa paya pidiendo justamente eso. Me fui enamorando y todo fue más confuso desde su llegada. Mis días estaban completos, ¿o es que siempre estuvieron vacíos?

*

Volví a verla unos días después. Ya había negociado con mi madre su encuentro con Miroslava, alegando después de varias negativas que lo hiciera por mí, pues no podía sacarme de la cabeza a esa chica cuya dulzura aún no conocía pero quería conocer. Presentía que mi madre dejó a un lado su reticencia sólo por la curiosidad de ver cuál era el tipo de mujer que podría enajenarme, lo cual no había pasado en los últimos tres años y empezaba a preocuparle.

La única condición fue que no asistiera yo. Con lo que apenas había tratado a Miroslava, sabía que esa regla poco le importaría.

La afición de mi madre por las preguntas sin respuesta, por los acertijos originales e inéditos, por las personas difíciles de leer en una sentada, en fin, por los misterios, la trasladaba a su vida solitaria. Digo solitaria porque ella se empeñaba en llamarla así, “mi vida solitaria”, palabras que al escuchárselas siempre me habían dolido: me sentía como cualquiera de sus clientes.

Sé que nunca ha sido su intención herirme, mi madre no es mala, aunque la mejor versión de ella esté lejos de su mesa de trabajo. La Rumana será tosca y de conversaciones monosilábicas, pero no es una amargada. Sólo hay que verla cuando escucha la música de su tierra, tararear con entonación perfecta un pasodoble y silbar con los ojos cerrados el pasaje de un vals alemán o la *Sinfonía no. 6* de Tchaikovsky para comprobar que ni la viudez precipitada ni el proyecto frustrado por acabar su vida itinerante y al fin echar raíces le han quitado ese *sentimente*, como dicen en su lengua. Sé que divago, pero es de mi progenitora de quien hablo.

Ese apego de mi madre por los misterios, le hace disfrutar el que la gente no pueda entender muchas de sus acciones. Citarse con una extraña que deseaba conocerla, le permitía maniobrar con tal objetivo. Acordó su encuentro en una parte de la Karl Johans. Era una insensatez si tomamos en cuenta que la reunión sería el día nacional de Noruega. Se lo dije a mi madre, esperaba que no hubiera recordado la festividad, pero era tan consciente que sólo recibí un “sabrás encontrarme” como respuesta.

Pasaron muchos años antes de saber cómo pudieron encontrarse entre ese tumulto de gente, pero fue algo tan simple que incluso ya lo he olvidado. No sé quién buscó a quién; ese día mi madre no llevaba su vestimenta de *roma* habitual. Ella suele vestir camisones de manta que ocultan su prominente vientre, pues a diferencia de muchas mujeres obesas de Noruega (que no son pocas), se siente insegura con su sobrepeso. Ese día vestía uno de esos camisones y en vez de falda, llevaba unos vaqueros entallados y un pañuelo rojo amarrado en la cabeza. ¿Habrá sido ese el distintivo, o el que llevaba solo uno de sus enormes aretes?

Después de saludarse, se apartaron del festín bullicioso, dejando atrás a esa multitud de patriotas con sus *bunads* para dirigirse al parque de Vigeland. Lo que pasó ahí es uno de los tantos fragmentos de la vida de Miroslava que desconozco. Como por herencia de mi madre, ella empezó a disfrutar el ocultarme cosas que no tenía ningún sentido desconocer, pero me acostumbré, me domesticué y dejé de preguntar. Si Miroslava no te da una respuesta inmediata, lo más seguro es que te dejará una duda eterna. Mejor no insistir, sobre todo si la cuestión es sobre su pasado.

Conociendo a mi madre, algo así se habrá escuchado entre esas mujeres sentadas sobre el tapete persa que ella tendió sobre el césped:

—May Stine, el cielo es un reloj muy preciso y te voy a enseñar a leerlo... Lo principal es que entiendas las energías de las cartas... Este mazo es un regalo para ti y sólo con él debes practicar... Entiendo que has sido autodidacta, ya no eres una principiante, por lo que tienes cierto conocimiento de los arquetipos... Primera regla de oro: todo lo relativo al futuro no son ultimátums, son caminos que se abren y, a menos que algo lo veas muy claro, debes dejar el ego de lado para que sea la intuición la única que hable... Ahora bien, aquí tienes a los arcanos mayores y los menores, no voy a ahondar en los personajes sino en sus energías. ¡Vamos a la tirada! Divide las cartas en bastos, copas, espadas y oros...